

ARREY TAL

Os voy a contar una historia sorprendente que me ocurrió una tarde de otoño. Estaba revisando algunos escritos y notas, con la intención de elegir un tema para un libro que escribiría a lo largo del invierno que se acercaba. Absorto en mis pensamientos y divagaciones, se fue apoderando de mí una sensación extraordinaria y aguda, como si fuera cayendo inevitable y maravillosamente hacia un abismo repleto de imágenes y contenidos; como si alguien se hubiese apoderado de mi imaginación y la empujara dentro de una historia fantástica.

Era muy extraño, pues no tenía tiempo de reflexionar ni de parar mi imaginación. Estaba viviendo la historia directamente, aunque no podría describir con precisión lo que veía, salvo que era un mundo de extraordinario colorido y realidad, y las cosas sucedían tan deprisa que no era capaz de captar su significado. Una sucesión de imágenes cambiantes, muy vivas, impactaban mi mente sin descanso. Finalmente se pararon y se hizo una luz extremadamente clara y sosegada. Una imagen venerable, sin facciones definidas, casi sólo una presencia humana intensa y sin rostro me inundaba, y oía sus palabras lentas y profundas:

«Me llamo Arreytal y soy una forma de conciencia, un espíritu solitario que habita en el Cosmos. Soy tan antiguo que vosotros diríais que vivo desde siempre. Mi ritmo vital es muy lento, lentísimo, como el paso de los siglos y los milenios. Para mí no existe el tiempo como vosotros lo entendéis, que estáis

atados al reloj biológico de vuestro cuerpo. Yo me muevo por el tiempo con la misma agilidad que vosotros por vuestras ciudades. Conozco sus calles y sus atajos, y sé, como vosotros, acelerar o disminuir el ritmo de mis pasos. Soy un viajero incansable, un peregrino de los espacios, un aventurero en busca de estrellas nuevas.

Hace muchísimos millones de años llegué cerca de vuestra estrella, que estaba naciendo, y me paré entusiasmado a contemplar su crecimiento. He visto nacer muchas estrellas a lo largo de mi existencia, pero esta me fascinó especialmente y aún sigo contemplándola. Quizás sea porque siento que esta es la última, pues ya me encuentro cansado y se acerca el tiempo en que debo regresar a mi galaxia y disolverme para siempre en la luz de mi estrella-madre.

Por eso, a los hombres que habéis nacido bajo esta luz os dirijo estas palabras, para que entendáis vuestra realidad y vuestro destino, pues aunque ya empezáis a comprender las cosas, y vuestros sabios y científicos han profundizado grandemente en todos los campos del saber, estáis todavía muy inquietos y angustiados con vuestro porvenir y no empezáis a imaginar siquiera el significado de todo lo que sucede. A vosotros, humanos todavía, os dirijo estas palabras que son vuestras, que he aprendido al veros crecer y desarrollar durante milenios. Palabras para que me entendáis, para que lo que yo veo podáis al menos intuir a vuestra manera, con vuestro entendimiento humano que es, todavía, un reflejo de vuestro cuerpo y del pequeño espacio alrededor, y al que se le escapan muchas dimensiones de la existencia.

Para vosotros, y en vuestro honor, me he puesto un nombre: Arreytal. En vuestro honor y en honor de esta última aventura que, como siempre, es mi vida y me invade por completo.»

Hizo una pausa muy profunda, que estaba preñada de la infinita y silenciosa nostalgia propia de un viajero milenario, como lo está la oscuridad de la noche cósmica abandonada

por miríadas de estrellas que nos miran en soledad desde la lejanía; como lo está el viento congelado de las distancias sin límite, que silba callado por todo el Universo, o el lejano rayo de luz que viaja todavía por los espacios interminables después que su estrella ha muerto.

Pero luego volvió a iluminarse su voz al calor de los recuerdos, y poco a poco sus palabras comenzaron a tomar una dimensión nueva, un sonido que se fundía en imágenes dentro de mí, como si me estuviera haciendo ver directamente lo que él había visto. Su rostro etéreo acabó difuminándose y, extrañamente, lo sentía sobre mí, sobre mi rostro, igual que si se hubiera confundido conmigo.

«Explorando el Universo, había llegado a las proximidades de vuestra hermosa galaxia espiral, que refulgía solitaria en la oscura noche cósmica, alejada enormemente de las galaxias más próximas. La espiral brillaba deslumbrante, como una gigantesca rueda de fuegos artificiales, aparentemente estática y silenciosa. Sólo latía el fulgor de sus miríadas de estrellas.

Según me iba acercando, pude contemplar la enorme masa roja de su viejo corazón ardiente, y sus azulados brazos que eran como ríos desparramados de estrellas que inundaban el negro vacío. Cuanto más me acercaba, la inmensa masa de estrellas se iba haciendo más dispersa, más desgranada y tenue, de la misma manera que la masa entera de una nube a lo lejos se disipa y disgrega a medida que nos aproximamos. Y entonces, en el borde de uno de los brazos, vi encenderse vuestra estrella. Vivamente animado, me dirigí hacia ella y descansé en sus proximidades, dispuesto a contemplar su evolución.

Era una estrella discreta de tamaño, de intensa luz y bastante solitaria. Por la forma de encenderse pensé que en la condensación de la estrella podía haber quedado algún planeta girando alrededor, aunque de momento no veía ninguno. Me alejé buscando órbitas lejanas y por fin divisé a lo lejos un punto iluminado. Resultó ser un enorme planeta de aspecto

gaseoso. Densas nubes evolucionaban en franjas abarcando toda la superficie. A su alrededor pude localizar, también muy alejados, un buen número de satélites de diferentes formas y tamaños. El planeta parecía a su vez una estrella que no llegó a encenderse, con su corte de planetas girando alrededor.

En una órbita todavía más lejana conseguí localizar otro planeta gigante, rodeado de un bello y delicado anillo en disco, perfectamente trazado; al acercarme comprobé que el disco estaba formado por una inmensidad de trozos y partículas de hielo. El planeta era de aspecto gaseoso, similar al anterior.

Más allá fueron apareciendo otros planetas, todavía de considerables dimensiones, pero muy fríos e inhóspitos debido a la lejanía de la estrella. Toda aquella ingente cantidad de masa se veía abandonada en la distancia, asociada en su giro lento a la única presencia existente en el espacio alrededor: vuestra estrella.

Me acerqué hacia ella y apareció un pequeño y bello planeta de color rojo. Tenía una ligera atmósfera transparente y dos casquetes blancos y congelados. La superficie se veía desolada, aunque surcada por antiguos cauces secos de gigantescos ríos. Destacaba un altísimo volcán apagado.

Continué mi aproximación y un bello espectáculo se fue abriendo ante mi vista: un hermoso planeta azul, de atmósfera transparente cubierta en algunas zonas por copos de nubes blancas. Sobre la superficie, enormes extensiones de agua cubrían la mayor parte del planeta. En las partes emergidas se veían zonas verdes surcadas por ríos, que alternaban con otras de elevadas cumbres montañosas.

No había ninguna duda: ¡allí había crecido la vida! Por fin había encontrado otro sistema estelar vivo, otro rebrote quizás de conciencia en el inmenso y esparcido Universo. Porque así es el Universo ahora, un vastísimo espacio oscuro donde centellean magníficas estrellas, tan separadas que hasta yo, que puedo moverme por él a velocidades que escapan a vuestro

entendimiento, y que tengo una vida cuya duración es tan incomprensible para vosotros como mi propia naturaleza, encuentro a veces desalentador el explorar sus caminos y me resulta difícil descubrir sus oasis de vida.

Continué acercándome a la estrella, que hacía patente ya su caliente proximidad, y fueron apareciendo otros dos pequeños planetas: uno de asfixiante y densa atmósfera, y otro desolado y desnudo, abrasado por la estrella. Ambos estaban demasiado cerca del fuego para poder desarrollar vida. Porque la vida se genera al calor de la estrella, que es la energía madre, la fuerza primordial que da origen y mantiene la vida en el Universo, pero cuando este calor lo recibe en una discreta medida. Sólo la materia que se encuentra a la distancia adecuada –sobre el planeta adecuado– para recibir el calor preciso que le permita organizarse, acaba desarrollando el especial dinamismo que es la vida. La materia demasiado caliente se agita en turbulento caos y la demasiado fría permanece inerte.

Todo indicaba que el planeta azul era el único apropiado en vuestra estrella para el desarrollo de la vida. Y allí estaba ella, la vida, en aquel hermoso color verde que se extendía por amplias zonas, y seguramente bajo aquellas inmensas extensiones de agua que casi cubrían el planeta.

Emocionado, me dispuse a contemplar en una escala de tiempo lento, detalle por detalle, toda la evolución de vuestro planeta desde el instante mismo del nacimiento de la estrella. Me introduje por el pasadizo de tiempo más próximo de vuestra galaxia y volví a emerger en el origen de vuestra historia.

EL ORIGEN

En el espacio que hoy ocupan vuestra estrella y sus planetas, y más allá todavía, había una gran nube de polvo y gases procedentes de la muerte de una gran estrella de otra generación. Las estrellas grandes explotan al morir, dispersando su materia por el espacio en forma de nube. Pero la muerte de la materia no es definitiva, porque dentro sigue latiendo débilmente la fuerza de la masa; la fuerza que tiende a conglomerar las grandes cantidades de materia dispersa en un todo compacto. El empujón causado por la explosión reciente de otra estrella comprimió la nube, compactándola en una parte y provocando la progresiva condensación en torno a ella del resto. Toda la masa de gas empezó a girar alrededor de ese núcleo más denso, que se iba consolidando de manera creciente como si fuera un sumidero de masa, en torno al que se creaba un torbellino aspirante de la nube. La asimetría de la nube provocó la aparición de otras zonas de condensación pequeñas, que se desgajaron del torbellino y quedaron girando también, más separadas, en torno al gran núcleo central. A medida que pasaba el tiempo, la masa del núcleo se iba apretando más y más, reduciendo su volumen bajo la tremenda fuerza de atracción que se estaba poniendo de manifiesto. El rozamiento entre las partículas de materia así comprimidas elevó la temperatura hasta el punto de comenzar a producirse reacciones nucleares, convirtiendo al núcleo en una masa en explosión contenida, que equilibraba

su fuerza expansiva con la fuerza de atracción, y que ardía vivamente. Había nacido una estrella, vuestra estrella.

Las masas separadas que quedaron girando alrededor del núcleo no tenían la suficiente cantidad de materia para provocar una condensación tan energética, y aunque se calentaron por efecto de la compresión de la materia no llegaron a encenderse como la estrella. Quedaron conformadas simplemente como planetas incandescentes.

Ya sé que es muy difícil para vosotros entender esta singular fuerza de atracción entre la materia, la fuerza gravitatoria como vosotros la llamáis porque así os lo han enseñado desde niños. Realmente sólo sois capaces de entender claramente aquellos fenómenos que habéis podido observar en vuestro mundo, aquello que forma parte de vuestra experiencia directa. Porque para vosotros “entender” una cosa o fenómeno nuevo es saber que está compuesto de una serie de cosas o fenómenos que conocéis de antes y que se han relacionado de una manera diferente. Así sois capaces de entender cómo funciona uno de vuestros vehículos, pues conocéis cada una de sus partes y comportamientos, y cómo se han organizado para producir un efecto resultante nuevo, que antes no se podía observar. Al fin de cuentas estáis manejando cosas de vuestro mundo.

Sin embargo, cuando tratáis de explicaros cosas cuya dimensión trasciende la escala de vuestra observación directa, empezáis a tener dificultades. Afortunadamente, vuestros sabios de todos los tiempos idearon experimentos para comprobar la existencia de determinados fenómenos que normalmente pasan desapercibidos en la experiencia cotidiana, y así fueron ampliando el campo de vuestros conocimientos y de vuestras “realidades”. Alguno de ellos comprobó que suspendiendo una pequeña esfera al lado de otra de gran masa, la pequeña se acercaba a la grande de manera imperceptible a simple vista, pero detectable por medio de un espejo fijado a la primera, que reflejaba un rayo a distancia cuya imagen desplazada ya